

para la comunicación, porque instauran un saber a la vez que lo oscurecen. También podríamos pensar en la llenez de signos no verbales, como la música, los ideogramas, los hieroglifos y los gestos, todos ellos tal vez inmediatamente universales.

En el mito de la lengua adánica, que, según cabe suponer, compartían Adán y Dios, está la fantasía del realismo posterior: el mundo es un sistema ordenado de objetos y todos ellos son efables, de modo que podemos pensar en una lengua única y universal que se corresponda con aquel orden. El realismo cree que la palabra representa al mundo ya constituido. Pero, en contra, la tradición simbolista (órficos, platónicos, alejandrinos, cabalistas, etc.) observa que el lenguaje es también una familia de objetos y que la palabra constituye al mundo al tiempo que se constituye en el acto del decir.

Hay, pues, un fantasma mayúsculo en todo acto de lenguaje (que se patentiza en las privilegiadas situaciones de la traducción): la existencia de *una lengua de las cosas mismas*, metalenguaje primordial y final, causa y objetivo de los lenguajes peculiares, en el cual se recupera la perfección perdida de la lengua adánica, acaso una comunicación no verbal pero sí articulada, entre el Creador y su, por entonces, Única Criatura.

El simbolismo admite que la historia humana es producto de una pérdida fundacional, irrecuperable y mítica: la lengua ideal, sin realidad histórica, a la que alude Vico, la misma que inquietó a Leibniz, justamente, porque no podía recuperarse ni siquiera por medio de la filosofía, ciencia de los principios.

La historia, entonces, podría concluirse con Eco, es la crónica de una pérdida (la lengua sacra y única) que se convierte en restauración (todas las lenguas se reabsorben en una sola) por paradójica mediación de la dispersión babélica. No olvidemos que Hegel vio en la torre famosa el símbolo del progreso, es decir una construcción indefinida y de meta evidente e ilusoria (el cielo), que es la cifra de un Estado ético y laico, único y universal, infinitamente perfectible, en el cual caben todas las naciones. Tal vez, como pensó el árabe Ibn Hazn, la lengua original consistía en un semillero de lenguas virtuales. Era única pero comprendía a todas.

Los positivistas intentaron dar a este origen único una fórmula biológica y la andan buscando todavía. Los románticos creyeron que cada lengua tiene un genio na-

cional y propio que estructura su formalización, su *Sprachform*. La perfección, como discurre Charles Nodier, es la pluralidad. Los inventores de lenguas artificiales chocaron con que éstas carecen de habla, de metalenguaje y, por lo menos, de cuerpo y de poesía. Todo lenguaje es, como quiso Borges, una clasificación arbitraria y conjetural (finalmente: poética) del mundo, su revelación como invención, cabe agregar.

Eco rescata el mito de Babel y considera frustrados los intentos de conciliar perfección y lenguaje. Somos los herederos de la torre, seguimos construyéndola, creyendo en un cielo definitivo e inexistente, hablando cada cual como puede y entendiéndonos, por momentos, o creyendo que nos entendemos.

Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. Martin Bernal. Traducción de Teófilo de Lozoya, Critica, Barcelona, 1993, 508 páginas

Bernal, aunque profesor de historia china, se interna en los orígenes de Grecia vindicando el derecho de los aficionados a hacer grandes hallazgos. En el campo «invadido» cita los casos ilustres de Schlieman y Ventris. El objeto de su trabajo (del cual éste es el primer volumen) es mostrar que la cultura griega no es aria ni original, sino resultado de las migraciones egipcias y semíticas recibidas en el Egeo tres o cuatro mil años antes de Cristo.

Las opiniones dominantes en los últimos dos siglos van en contra. Bernal las encuentra sustentadas en el racismo eurocéntrico y en los intentos de la Iglesia, de borrar toda huella egipcia, oriental y judaica del cristianismo. Ambas corrientes coinciden, sobre todo en el siglo XIX y su desarrollo de las teorías sobre la pureza de las razas, su desenvolvimiento relativo y la superioridad o inferioridad mutuas. A ello se unió cierto progresismo, que vio en la raza aria la portadora del ideal dinámico o moderno de sociedad, opuesto al modelo estático e inmóvil de sociedad tradicional arcaica, hegemónico fuera de Europa. En los años veinte de este siglo empieza la revisión, concediéndose gran importancia a la civilización fenicia, inventora de la escritura alfabética.

Así, Bernal nos muestra asiaticados o africanizados a Orfeo, Atenea, Dionisos y otros personajes que tenemos

por la emblemática de la Grecia clásica. A través de una telaraña de etimologías y rastreos comparatistas, llega a pensar en una protolengua de la cual surgirían las indoeuropeas y las afroasiáticas. El Yahvé hebreo, Dios universal del cristianismo, resulta ser el egipcio Seth, y las prácticas de la halconería y el toreo vienen de Asia Menor al Mediterráneo.

El libro es provocador y denso. A menudo, el profano se siente perdido en un laberinto conjetural, pero así es el pasado, tanto más conjetural cuanto más remoto. Nuestro pasado cambia de signo al revisarse. Nuestra historia es muchas historias, no todas leídas, aunque sí, suponemos, escritas. Las culturas resultan de trasiegos, vagabundajes y mezcolanzas. Al discutir con doscientos años de estudios clásicos, Bernal nos vuelve a mostrar la vitalidad de ese pasado y la obligada inestabilidad de nuestro ser histórico.

El último gatopardo. Vida de Giuseppe di Lampedusa.

David Gilmour. Traducción de Javier Lacruz, Siruela, Madrid, 1994, 242 páginas

Carente de anecdotario externo, la vida de Lampedusa tiene la curiosidad de lo anómalo. Ambas calidades, que no suelen juntarse, explican que este escritor siciliano (1896-1957) haya trabajado en su obra, prácticamente, sólo los últimos tres años de su vida, y que su novela *El gatopardo*, una de las más célebres y leídas de este siglo, haya quedado inédita a su muerte, sin que aún sepamos si dar crédito a la edición revisada por Bassani (1958) o al manuscrito exhumado en 1986.

Último de una familia principesca venida a menos, don Giuseppe fue un rentista que se pasó viajando su juventud y luego, leyendo y dando algunas clases privadas de literatura, en Palermo. Su experiencia en la guerra del Catorce, sus opiniones sobre/contra el fascismo, su intimidad matrimonial con la noble lituana Alejandra Wolff, atesoran unas cuantas penumbras. Su madre solía tratarlo en femenino (una hermanita mayor había muerto niña), él se trataba con su mujer en francés y la invocaba, a veces, en masculino. No parece que entre ellos hubiese habido trato sexual. Lo demás son las caudalosas lecturas de Lampedusa, en varias lenguas, literarias y, sobre todo, históricas.

Cuando se vio viejo y enfermo, cuando examinó la ruina de sus casonas familiares, cuando entendió —tal vez— que Sicilia era algo inmutable porque estaba muerto y se negaba a desaparecer, acometió su novela y sus relatos, demostrando, en este siglo de vanguardias y anacronismos, que se pueden construir novelas de altísima calidad con técnicas del XIX (ejemplos: Bassani, Martin du Gard, Elsa Morante, Arthur Schnitzler, Josef Roth), siempre que no se confunda de fechas el propio autor.

Gilmour ha rescatado con parsimonia los documentos que permiten indagar la especial y, al tiempo, anodina existencia del gran escritor. Para ello, hasta revolvió ruinas y halló, como en las malas novelas, papeles chamuscados durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Su trabajo es prolijo y austero. Allí donde nada se puede probar, ha preferido guardar un silencio respetuoso y británico.

Lampedusa amó a Inglaterra, porque era una isla, como Sicilia, distante y cercana de Europa, pero cuyo destino histórico no podía diferir más del siciliano. Le hubiese gustado ser como los ingleses en muchas cosas, mas comprendió que no podemos ser sino de alguna parte y de algún tiempo, aunque la historia, como sentencia Tancredi en *El gatopardo*, consiste en que todo cambia para permanecer.

Le temps sensible. Proust et l'expérience littéraire.

Julia Kristeva. Gallimard, París, 1994, 455 páginas

Escribir sobre Proust parece un deber nacional de todo escritor francés. Pasadas las fronteras, se comprueba que es algo más: acudir a una de las referencias de mayor constancia en la literatura de este siglo.

Kristeva se encamina a Proust por diversas vías. Una es el estudio de lo que denomina «sobreimpresión», procedimiento proustiano que consiste en ordenar las sensaciones y recuerdos, ambos pasajeros, por medio de una estructura metafórica. La metáfora se sobreimprime a la memoria y lo sensible, y revela, en una asociación imprevista y momentánea de términos, la verdad de la vida, que es el arte. La vida por sí misma no es verdadera, porque la vida es unidad consigo misma: carece de autoconciencia y no puede dar cuenta de nada. El mundo existe como tal no porque esté vivo, sino porque lo